Humor y matiz que impiden a Alazraki caer en la consabida película de cabareteras, pantano donde campean a sus anchas —si no es en las folklóricas fanfarronadas charras— el "otro" Calderón y Juan Orol. *Los amantes* plantea una historia humana y sencilla, el idilio frustráneo de un adolescente y una joven prostituta. Pero si es notaria una sana preocupación formal, con instantes de acertada representación visual, el planteamiento es débil, adolece de esquematismo. Sentimos la falta de esa "atmósfera" de la juventud, esa época de sentimientos confusos, húmedos, descaminados, de desgarrados o esperanzados movimientos íntimos. Falta también, el "clima" del hogar de clase media, de la Ciudad Universitaria, de las casas de prostitución. Los personajes y el ambiente reclaman densidad: vibran en un solo plano, ofrecen un solo aspecto. Las contraposiciones del muchacho pobre y el rico, de la *novia santa* y la *mujer de perdición,* fueron demasiado remarcadas. Tratamiento elemental y decididamente desafortunado si no se cuenta con intérpretes expertos. El rostro de Yolanda Varela es inexpresivo, lácteo, congelado; Carlos Baena está en su papel como un boxeador en un trajecito de primera comunión. Por otro lado, *Los amantes* recuerda demasiado algunas películas europeas —especialmente francesas— que trataron más sabiamente el asunto. Sospechamos que se le quiso dar autenticidad, "mexicanidad", con esos mariachis que aparecen varias veces y sin venir a cuento. Alazraki es un director joven y, creemos, limará estos defectos. *Raíces* y *Los amantes* tienen momentos de auténtico cine, y eso nos premite abrir cierto crédito a su realizador.

"estorba ese regodeo en el diálogo"

La verité sur Bébé Donge, estrenada en México con el inapropiado título de *El precio de un amor,* es un nuevo intento del veterano director francés Henri Decoin por reflejar la atmósfera novelesca de Georges Simenon, ese fecundo autor policíaco de gran éxito comercial y de estimable calidad literaria. No siempre han tenido fortuna las adaptaciones fílmicas de las obras de Simenon, pero pueden apuntarse como realizaciones logradas *La cabeza de un hombre* y *Fruto verde.* Es comprensible que el cine quiera acercarse al mundo de este creador magistral de ambientes y de tipos. El rótulo de un bar o de un hotel sórdido, un canal, los ruidos de las camionetas en las calles grises, los individuos que miran pasar los trenes, le bastan para crear lugares y situaciones de una vida densa y atrayente. Simenon ha escrito tanto como Balzac, pero le bastan cuatro líneas para sugerir lo que el otro describe en veinte. Esa ausencia de "literatura", su poder de visualización, su "estilo de montaje", le convierten en un autor cinematográfico. Henri Decoin no había dado en el clavo con *Los desconocidos en la casa,* también de Simenon, con adaptación y diálogos de Clouzot y la actuación de Raimu. *La vérité sur Bébé Donge* es algo mejor, pero no acaba de levantar el vuelo sobre lo literario: estorba ese regodeo en el diálogo que ha sido la grandeza y la miseria de buena parte del cine francés. La película se desenvuelve con un sobrio virtuosismo, pausadamente, en una estructura contrapuntística entre el presente y el pasado inmediato, insinuando apenas las escenas cumbres y acentuando detalles que aparentan insignificancia; pero falta fuerza, sobra lo gris, lo que está bien y nada más. Otra muestra, más desalentadora que tonificante, de ese "buen oficio" que le ha puesto un rasero común al arte cinematográfico.

"buena parte del cine francés"

Retrato de una desconocida comienza como un melodrama y se desarrolla como una comedia amorosa, ajena a la pesadez germánica y en la tradición de la comedia de Ernest Lubitsch. Pero no llega a ser cine. Cuenta con diálogos muy finos y con la atrayente actuación de sus comediantes, es verdad, pero carece de imaginación visual. No es el diálogo la esencia del cine; apenas resulta un adorno. Los amantes del cine añoramos aquellas cintas de Sennet, de Linder, de Buster Keaton, los primeros Charlots; obras elementales e ingenuas, si se quiere, pero frescas, vitales, animadas por un espíritu de invención cercano muchas veces a la poesía. A una esgrima de diálogos chispeantes preferimos aquellas feéricas batallas de la zancadilla y los pasteles de crema. Aquello escondía sorprendentes, insospechadas relaciones entre los seres y las cosas. Sobre todo, era imagen y ritmo, no palabras. Era cine.

TEATRO

CONMEMORACION DEL CENTENARIO DEL NATALICIO DE George Bernard Shaw

Por Francisco MONTERDE

Este año de 1956, próximo a concluir, ofreció escalonadas las fechas conmemorativas relacionadas con las existencias de tres autores dramáticos: los comediógrafos Oscar Wilde y George Bernard Shaw, y el dramaturgo Heinrik Ibsen.

Los centenarios de las dos figuras destacadas del teatro inglés y el cincuentenario del más importante, sin duda, de los autores noruegos, fueron oportunamente recordados en suplementos dominicales y en teleteatros.

Sobre la vida y la obra de Ibsen, sustentó Celestino Gorostiza una conferencia: excelente síntesis de aquélla y acertada interpretación de varias de sus principales obras: acerca de Bernard Shaw ha prometido otra, el licenciado Antonio Castro Leal, que lo ha traducido y estudiado a fondo.

FESTIVAL BERNARD SHAW

Esta última conferencia fue anunciada al iniciarse el Festival Bernard Shaw, patrocinado por la Universidad Nacional Autónoma de México y el Instituto Nacional de Bellas Artes, en el Auditorio del Seguro Social, a fines de noviembre.

Fue organizador general de este festival conmemorativo, el estudiante de la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales José Luis Rocha Menchaca, director del grupo teatral de la misma escuela universitaria.

En la apertura del ciclo, que terminará el 9 del presente mes, hicieron uso de la palabra el doctor Raúl Carrancá y Trujillo, director del plantel, para referirse a la obra social de Bernard Shaw; el licenciado Castro Leal, que habló del periodista, crítico y autor, y Cipriano de Rivas Cherif, para presentar al grupo.

UNA COMEDIA "DESAGRADABLE"

La obra elegida, para inaugurar el Festival Bernard Shaw, por el director del grupo teatral de la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales, fue la comedia en cuatro actos del autor irlandés *La profesión de la señora Warren.*

Esta obra cierra el tomo que contiene las agrupadas, por el mismo George Bernard Shaw, bajo el franco título de "Comedias desagradables", en el cual la preceden otras dos: *Non Olet* y *Fascinación.*

El traductor autorizado por el dramaturgo para dar a conocer sus obras en España, Julio Broutá. había hecho positivamente desagradable esta comedia, al titularla, en su versión española, *Trata de blancas.*

"LA PROFESION DE LA SEÑORA WARREN"

Afortunadamente la traducción preferida para el programa inaugural de este festival conmemorativo fue, de acuerdo con el buen consejo del asesor Rivas Cherif, la que pulcramente realizó Ricardo Baeza, quien conservó el título original de la obra.

La profesión de la señora Warren está muy lejos de las truculencias de novelas y películas cinematográficas, en torno al escabroso tema, y las múltiples derivaciones que en la escena española e hispanoamericana ha tenido.

Sobre el asunto desarrollado por Bernard Shaw, en su comedia, dice la misma protagonista: "La única manera, para una mujer, de lograr una posición decente, es encontrar un hombre que tenga los medios suficientes para mantenerla."

IBSEN, WILDE, SHAW.

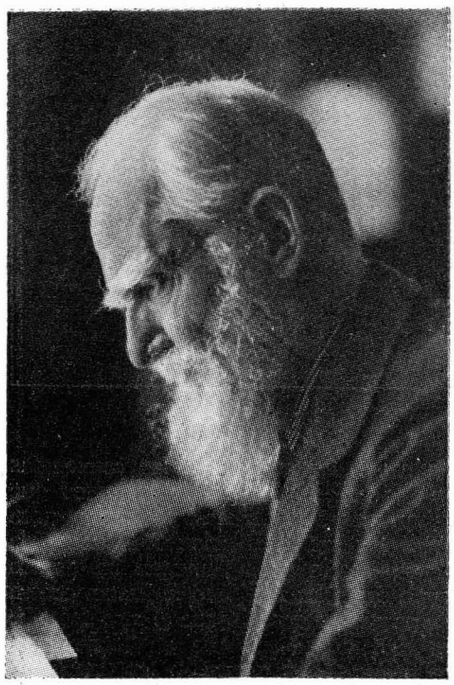
Contra tal sujeción de la mujer en el siglo XIX, había protestado primero Nora, la protagonista de *Casa de muñecas* —en singular—, de Ibsen, antes de partir con esa actitud resuelta que sería imitada por otras mujeres, en todo el mundo.

Wilde, sin solidarizarse con Ibsen, de quien lo separaban tantos prejuicios de los acumulados por la sociedad inglesa, llevó a las figuras femeninas de sus comedias por senderos en los cuales se vengaban de tales prejuicios con réplicas ingeniosas.

En Bernard Shaw, que acepta el legado comprometedor del dramaturgo noruego y prolonga la línea del ingenio wildeano, con personal, sarcástico humorismo, halla ecos el portazo que sigue a la partida de Nora: Vivie, en *La profesión de la señora Warren*, se marcha del hogar, para independizarse, en vez de contraer matrimonio.

DIRECCION, INTERPRETES Y MONTAJE

Bajo la dirección del joven organizador de este festival, supervisado por Rivas Cherif —según palabras suyas— sólo para evitar que los intérpretes cayeran en amanerado profesionalismo, éstos realizan una consciente labor de buenos aficionados al teatro.



El autor irlandés G. Bernard Shaw

En la señora Warren pone Mariita Peco una experiencia que la sitúa en plano superior al que ocupan quienes la acompañan; Sylvia Suárez, como Vivie, da gracia y firmeza a la hija emancipada; Michel Tomp se define, en el papel de Crofts, como el más seguro de los varones de la comedia, a quien secundan con acierto Juan Antonio Jiménez, Alfredo C. Trigo y Antonio Tomp, intérpretes de Frank, Praed y el párroco, respectivamente.

La escenografía, proporcionada por el INBA, cumple limitadamente sus fines, como la iluminación —tan difícil de lograr en esa sala—; y el vestuario se acerca, hasta donde es posible, a las modas "fin de siglo".

LIBROS

EL LIBRO DE CLAUDIO LINATI

Por Francisco DE LA MAZA

¿QUEREMOS saber cómo era México en 1828, época de nuestros tatarabuelos, con sus tipos humanos tan peculiares, sus ricos y policromados vestidos, sus costumbres cotidianas, religiosas y civiles? No necesitamos una linterna mágica; basta tener ante nuestros ojos la espléndida segunda edición de un libro delicioso que se publicó ese año en Bruselas: *Trajes civiles, militares y religiosos de México*. Su autor: Claudio Linati. Su traductor y anotador: Justino Fernández.

Hagamos un poco de historia. Un día de octubre del año de 1825, llegó a la capital mexicana un hombre de treinta y cinco años, de aspecto romántico pero decidido. Era italiano e hijo de condes, pero en su juventud había sido carbonario y como rebelde fue desterrado de Italia y aun condenado a muerte. Desde niño, su dedicación, fuera de la política, se dirigió al dibujo y al grabado y en París frecuentó el taller del famoso Louis David. Pero pronto abandonó el grabado para entregarse a la novedosa invención de la litografía, que Luis Senefelder, su inventor, había patentado en 1799. Viajó por Francia y España y después por Bélgica, en donde encontró, dichosamente para él y para nosotros, al encargado de negocios mexicano, el dramaturgo Manuel Eduardo de Gorostiza. Linati buscaba una patria fuera de Italia, una nación en donde trabajar, en donde poder enseñar y dedicarse al encanto naciente de la litografía. Escribió a Lord Byron tratando de ir a Grecia y, como parece que esto no fue posible, lanzó su mirada a ultramar, a México, a un país que le interesaba a él, rebelde, de manera profunda, porque acababa de hacer su independencia. La amistad de Gorostiza le valió que, de acuerdo con el ministro Michelena, se le aceptara el venir a instalar un taller litográfico. No eran muy oportunos los tiempos. Linati se queja de que la civilización en México se reducía a tres ciudades, por lo que sólo podría trabajar en "un poco de música, esquelas y algún santucho", y pensó irse a Liverpool; sin embargo, sagaz observador, no perdía el tiempo y dibujaba lo que más le llamaba la atención: los trajes mexicanos. "Hago una colección de trajes mexicanos que se publicará en Europa", anunciaba a un amigo.

Solamente duró un año en México. Después volvió a Europa; intrigó para la independencia e integración de Italia y, fracasado, decidió regresar, con tan mala suerte que, apenas desembarcó en Tampico, una fiebre maligna lo llevó al sepulcro en 1832.

*

El libro tiene cuarenta y ocho litografías a color, cada una con un comentario enfrente, en el cual no sólo se refiere a los tipos y trajes, según el título del libro, sino que, como observa Justino Fernández, "manifiesta sus observaciones sobre las costumbres, la situación histórica, el clero, la política, los habitantes, los caballos y otros varios intereses que incluyen buena dosis de sabiduría". Resulta, pues, este libro único, además de una obra de arte, una historia social de un momento dado por el que México pasó, una de sus fases más interesantes y más dramáticas: el paso de colonia a nación, que tanta sangre y tanto esfuerzo costó. No recuerdo que ningún historiador del siglo XIX mexicano (salvo el uso de alguna litografía para "dar ambiente"), utilice el libro de Linati. Y han hecho mal. Tiene razón Manuel Toussaint, en el prólogo, cuando dice que ahora que tanto ha preocupado el tema de "lo mexicano", el libro de Linati y sus observaciones no han sido tomadas en cuenta y que "acaso sirvan para modificar, en segundas ediciones, los conceptos vertidos en la numerosa literatura aparecida para dilucidar el tema". Sin embargo, todavía pueden molestar a muchos los juicios de Linati, que si en ocasiones son exagerados, siempre son inteligentes.

Sus litografías abarcan desde los elegantes militares, las finas damas, los frailes y los héroes hasta los aguadores, vendedores, léperos y negros. A fines de la Colonia se hicieron los dos lienzos que nos enseñan los trajes de las órdenes religiosas de México, tanto masculinas como femeninas, pero esto fue un tema restringido a la variedad con que vestían los frailes y monjas novohispanos. Claudio Linati lo quiere ver y juzgar todo y, así como ahora el "turista" inteligente sabe captar con su cámara fotográfica los tipos humanos más representativos de las regiones que visita, así Linati —y más amplio y observador, con ojos de arte y no de turismo— retrata todos los tipos de la sociedad mexicana. Hay que recordar aquí que en 1823 se había publicado en París